

Mais battue ou de pluie ou d'excessive ardeur,
Languissante elle meurt feuille à feuille décroise,

Ainsi en ta première et jeune nouveauté,
Quand la terre et le ciel honoraient ta beauté,
La Parque t'a tuée, et cendre tu reposes.

Pour obsèques reçois mes larmes et mes pleurs,
Ce vase plein de lait, ce panier plein de fleurs,
Afin que vif et mort ton corps ne soit que roses!

Son páginas divinas que entusiasmaban á Teodoro de Banville, y le inspiraban esta agradable pintura de Ronsard bucólico :

Pide á la antigüedad el secreto de un arte que, sin dejar de tomar al hombre como asunto, no hace de él una figura aislada en la naturaleza viviente; renace la imagen y el paisaje no copiado de los latinos ó de los griegos, sino visto y estudiado directamente por un observador sensible á los pintoresco, y se asocia á la pasión humana; con la voz del cantor, gime el arroyuelo, suspira el árbol, canta el ave, y las puestas de sol, los rayos del día y las auroras prestan sus llamas á los jardines por donde pasean las hermosas griegas vestidas á la usanza del siglo xvi, con telas de amplios pliegues, sujetas por algún lazo soberbio. Los oros y las pedrerías, la escarlata y la púrpura de las flores y el azul del cielo aparecen en los versos al mismo tiempo que los labios y la cabellera de la mujer amada, á los que prestan sus vivos colores, y animan esas descripciones en que resplandecen á la vez una mujer sonriente y el verde Edén que nos rodea. Como en la Leda de Vinci, se consuma de nuevo el himeneo entre la naturaleza y la raza humana; del abrazo que une á la mujer con el cisne melodioso nacerá la nueva Elena rejuvenecida para siempre en una ola de eternidad.

Á pesar de tantas hermosas estancias, elegías y amores, hay que nombrar sin embargo la *Franciada*, puesto que él la compuso. De este poema hay poco que decir y menos aún que recordar. Es un poema hecho de intento en que no hay ni fuego ni inspiración ni espontaneidad. Para escribir un poema no basta decir : Quiero hacer un poema. Sin embargo así procedió Ronsard.

Teodoro de Banville escribía :

1. Cual se ostenta en la rama en el florido mayo
La rosa en su primero y joven esplendor,
Y al nacer, con sus lágrimas, la riega el alba cándida,
Envidia da á los cielos su mágico color ;
El candor y la gracia en sus hojas se posan ;
El jardín embalsama con su fragante olor.
Mas languidece y muere perdiendo hoja tras hoja,
Ajada por la lluvia ó el tórrido calor ;
Lo mismo se ostentaba tu juventud un día,
Cuando la tierra y cielo te honraban á porfía ;
Mas te mató la Parca y en el polvo reposes.
Recibe como obsequio mi llanto y mis clamores,
Este jarro de leche y este cesto de flores,
Para que, viva ó muerta, no seas sino rosas.

Las *Iliadas* son llevadas á cabo por los que las hacen sin darse cuenta de ello y sin propósito de hacerlas; el genio es eminentemente inconsciente; ni Homero ni Dante se trazaron un programa. Él, por el contrario, empezó por ahí.

Este fué el error. Surgió en su mente el proyecto de dotar á Francia de un poema y emprendió uno conforme á una receta que había redactado muy despacio. Esta redacción, que es el prefacio de la obra, es lo mejor y más interesante de ella y vale la pena de ser leída, porque contiene muy hermosas páginas en prosa para anunciar medianos versos. El siguiente pasaje, que distingue al versificador del poeta, es excelente :

Hay tanta diferencia entre un poeta y un versificador como entre un rocín y un generoso corcel de Nápoles, ó, para que la comparación sea más exacta, entre un venerable profeta y un charlatán vendedor de triacas. Parece, cuando los veo provistos de los mismos báculos que los buenos maestros, es decir de los mismos versos, de los mismos colores, de los mismos números y pies de que se sirven los buenos autores, parece repito que veo en ellos á esos Hércules disfrazados, de las tragedias, los cuales compran la piel de león en casa de un peletero, una enorme maza en casa de un carpintero y una peluca en casa del peluquero. Pero cuando llega el momento de combatir contra algún monstruo, caéseles la maza de las manos y huyen del combate, como cobardes y poltrones.

Merece recordarse además esta distinción, escrita con fuego y abundancia, entre el poeta y el historiador :

Es propio de un historiógrafo el desmenuzar todas esas consideraciones, pero no de los poetas, que sólo buscan lo posible y que, de una insignificante chispa, hacen nacer un enorme incendio y de una humilde chozuela, un magnífico palacio que enriquecen, doran y embellecen exteriormente con mármol, jaspero y pórfido, con grecas, óvalos, frontispicios, pedestales, frisos, y capiteles, é interiormente con cuadros y tapices realzados con oro y plata, cincelando con delicadeza el interior de los cuadros, cuyos personajes parecen llenos de vida á causa de lo enérgico del grabado. Después de esto agregan vergeles y jardines distribuidos en cuadros por anchas alamedas.

Todo está previsto con pueril minuciosidad; « harán falta aquí nombres de regiones, de bosques, y de herramientas para « dar al pasaje la debida extensión; más allá una genealogía de guerreros, y habrá que grabar, cuando mueren, un epitafio « en media línea » : « será preciso no abusar de las inversiones y decir : El Rey fué á dormir de París á Orleáns, y no : Á Orleáns de París el Rey á dormir fué ».

Á este tenor abundan las puerilidades, inutilidades, y mezquindades, en un asunto tan amplio y majestuoso.

Será preciso « atender á las letras, y ver las que tienen sentido y las

que tienen menos. Porque A, O, U, y las consonantes M, B, y la S, final de palabras, y sobre todo las dos RR, que son las verdaderas *letras heroicas*, prestan gran sonoridad á los versos ».

Será bueno poner nuevamente en uso las palabras antiguas, los arcaísmos, los términos de los dialectos provinciales, valón y picardo.

También es elocuente y muy moderno lo que dice á propósito de la superioridad de las lenguas vivas sobre las muertas :

Una cosa es escribir en una lengua floreciente que es actualmente hablada por el pueblo, en villas, aldeas y ciudades, como viva y natural, aprobada por reyes, príncipes, senadores, mercaderes y traficantes, y otra, componer en una lengua muerta, muda y sepultada bajo el silencio de tantos siglos, la que sólo se aprende en la escuela gracias á la palmeta y á la lectura de los libros.

Ronsard explica, por su cuenta y con mucho acierto, la teoría de la imitación que du Bellay nos exponía más arriba en nombre de la Pléyade :

Te aconsejo que aprendas con diligencia las lenguas griega y latina, y hasta la italiana y la española, y cuando las hayas aprendido perfectamente, te retires bajo tu bandera como buen soldado, y compongas en tu lengua materna¹.

¡Qué varonil y fogoso furor contra los italianizantes, latinizantes y grecizantes!

Suplico muy humildemente á aquellos á quienes las Musas favorecen con su inspiración, que no sean latinistas ni griegos, como lo son más bien por ostentación que por deber, y que, como buenos hijos, tengan compasión de su madre natural: esto les producirá más honra y provecho en lo porvenir que si, á imitación de Longueil, Sadolet ó Bembo, hubiesen surcido y recosido viejos retazos de Virgilio ó Cicerón, con mucho más trabajo; porque cualquiera cosa que escriban, por muy excelente que sea, sólo parecerá el grito de un ganso, comparado con el canto de aquellos viejos cisnes, aves dedicadas á Apolo Febeo. Después de la primera lectura de sus escritos, le sucede á uno como cuando huele un ramillete marchito. Más aún valdría, como buen ciudadano, buscar y formar un léxico de las viejas palabras de Artús, Lanzarote y Gauvain, ó comentar el *Poema de la Rosa*, que divertirse en esos ejercicios de gramática latina, que ya pasaron de moda.

El poema debía tener veinticuatro cantos. Ronsard hizo cuatro y no tuvo valor para seguir.

Aquello es una rapsodia, y un zurcido de todos los retazos del viejo arsenal poético de la epopeya antigua.

Un hijo de Hector y de Andrómaca, llamado Franco, logró escapar

1. Un consejo muy parecido á éste daba Moratín padre á un discípulo que le preguntaba el mejor medio de perfeccionar su educación literaria. (N. del T.)

del sitio de Troya, fué educado en Epiro y una vez que fué hombre, se embarcó. La tempestad, — la del primer libro de la *Eneida*, — le arroja á las costas de Creta, cuyo rey Diceo le recibe de un modo amable. El hijo de Diceo, Oreo, se halla en manos del gigante Fovero; Franco le pone en libertad y enciende una viva pasión en el corazón de dos princesas. Una de ellas, desdeñada, se da la muerte. Franco, por orden de los dioses, ha preferido á Hianto que sabe leer lo porvenir. En efecto, le profetiza su viaje á las Galias y la futura suerte de este país bajo las dinastías de los Merovingios y de los Carolingios.

El poema no va más adelante y más vale así.

Á lo menos nos ha valido el interesante prefacio en que Ronsard revela sus excelentes cualidades de teórico, de jefe de escuela, de campeón decidido é imperioso.

Su programa bien valía semejante defensa. Él lo ha resumido vigorosamente y su lectura completa con detalles las teorías de du Bellay. Ha visto ciertos puntos con perspicaz sagacidad, por ejemplo el de que crear felices neologismos, sacar nuevamente á luz útiles arcaísmos, emplear palabras técnicas, propias de los orífices, de los herreros, cazadores, pescadores, arquitectos, marinos, etc. es enriquecer la lengua. Teófilo Gautier obtuvo grandes efectos con estos vocabularios especiales, con que enriquecía el vocabulario usual, y nuestros poetas han puesto especial cuidado en no desdeñar los consejos de la Pléyade¹. Véase cómo habla Heredia ante el horno de un esmaltador :

Le four rougit, la plaque est prête. Prends ta lampe,
Modèle le paillon qui s'irise ardemment,
Et fixe avec le fer dans le sombre pigment
La poudre étincelante où ton pinceau se trempe².

Oigamos también cómo pinta Sully-Prudhomme el estruendo de las fraguas y de los laminadores :

La forge fait son bruit, pleine de spectres noirs,
Le pilon monstrueux, la scie âpre et stridente,
L'indolente cisaille atrocement mordante,
Les lèvres sans merci des fougueux laminoirs.
Tout hurle³...

1. Desgraciadamente no ocurre lo mismo en España. Menéndez Pelayo lamenta, en su *Antología*, la pobreza y corrupción á que ha dado lugar, en materia de lengua, el desconocimiento de los antiguos escritores. (N. del T.)

2. El horno está candente, la placa espera, coge
Tu lámpara y modela las irisadas hojas;
Vaya fijando el hierro en el pigmento obscuro
El réfulgente polvo de tus pinceles mojas.

3. Muge la ardiente fragua llena de espectros negros,
El pilón monstruoso y la sierra estridente,
De los laminadores los implacables labios,
Con su atroz mordedura la cizalla indolente,
Todo rugen...

Ronsard hubiera quedado muy contento de ellos.
En cuanto á la antigüedad, comprendió el valor y la importancia de la misma, la ventaja y el peligro de su estudio, y precisó lo que debía ser su imitación. Teodoro de Banville nos ha mostrado de un modo brillante este aspecto de su talento :

Tomar nuevamente la tradición poética en su aurora, y expresarla con vivacidad, dándole carácter original de actualidad, es el verdadero y el único procedimiento para producir obras maestras. ¿ No significa nada el haberlo proclamado y haber predicado con el ejemplo ? Semejante verdad es en todo tiempo tan audaz y tan difícil de meter en los cerebros rebeldes, que los literatos perecen siempre del mismo mal, es decir, por caer en la imitación de los imitadores. Cuando todo se ha perdido, cuando ya no queda nada, el poeta, como Anteo, está seguro de hallar nuevamente fuerzas tocando á la tierra de la poesía.

Desde el punto de vista del ritmo y de la cadencia, Ronsard sirvió poderosamente á la causa del verso francés que, por otra parte, se hallaba entonces en muy buenas manos.

En aquella época de inquietud y de investigación en que la lengua poética tendía á fijarse, tras el formidable impulso que le había comunicado el Renacimiento, haciendo pasar, como una ráfaga, toda la poesía latina sobre los últimos esfuerzos de la Edad Media amodorrada, planteábase con insistente gravedad la cuestión prosódica. La amalgama y la combinación no se hacían sin trabajo ; es más, Baif intentó hacer versos franceses con sílabas largas y breves, como las latinos : era una dulce utopia.

El Parnasiano Banville, rindió á Ronsard el siguiente testimonio, muy estimable por venir de quien venía :

No se atreve uno á pensar en ello ; desde Ronsard no hemos inventado realmente nada en cuanto al ritmo de las odas ; apenas si hemos vuelto del revés, desfigurado y modificado inútilmente sus sabias creaciones. Más aún, ni siquiera hemos sabido apropiarnos los cortes de este gran métrico ; muchas de sus estrofas, y aún de las más hermosas y ricas en efectos armónicos, se han abandonado por equivocación ó por impotencia, porque es más difícil de lo que se cree el tocar diestramente á esas armas tan ligeras.

¡ Qué riqueza y qué variedad de ritmos y de estrofas ! No hay más que escoger.

Antres, et vous, fontaines,
De ces roches hautaines
Qui tombez contre-bas
D'un glissant pas ;
Et vous, forêts et ondes
Par ces prés vagabondes,

Et vous, rives et bois :

Oyez ma voix !

¿ Qué diremos del jugueteo ritmo de su canción á María ?

Vénus avec son enfant
Triomphant
Au haut de son coche assise,
Laisse ses cygnes voler
Parmi l'air
Pour aller voir son Anchise².

Tantos méritos no han quedado perdidos.

Ronsard gustó en vida ampliamente la copa de la gloria.

Amores de Casandra, de María, de Astrea y de Elena ; Odas, Boscaje Real, Églogas, Elegías, sin hablar de gran número de poesías diversas, toda la obra poética de Ronsard le granjeó tal fama que no se ven muchos ejemplos de ello en la literatura. El rey de Francia le cantó en versos, en malos versos, pero al fin versos reales ; Pedro Lescot esculpió en el frontón del Luvre la Musa de Ronsard, haciendo sonar la trompa épica de la Franciada, enfrente de la gloria del rey ; el Taso, á su paso por París, fué á verle y consultarle ; la reina Isabel le ofreció diamantes ; el historiador de Thou considera que el nacimiento de Ronsard en 1524, fué compensación suficiente para el desastre de Pavia.

Joaquín du Bellay se hizo el eco de este concierto de elogios aclamando á su maestro :

Divin Ronsard, qui de l'arc à sept cordes
Tiras premier au but de la mémoire
Les traits ailés de la française gloire,
Que sur ton luth hautement tu accordes ;
Fameux harpeur, et prince de nos odes...
Enfonce l'arc du vieux thébain archer,
Où nul que toi ne sut onc encocher
Des doctes sœurs les sagettes divines³.

- | | | |
|----|--|---|
| 1. | Antros y claras fuentes
Que de esas eminentes
Rocas vais resbalando
Con rápido andar. | Y vos, selvas profundas
Y ondas vagabundas,
Verdes márgenes, bosques,
Mi voz escuchad. |
| 2. | Venus con su tierno infante
En su alto carro sentada
Triunfante | Deja á los cisnes volar
Por el aire
Para ir á ver á su amante. |
| 3. | Oh Ronsard divino,
Con tu noble arco
Lanzaste el primero
De la fama al blanco
De francesa gloria
Los alados dardos.
Arpista famoso,
Príncipe del canto, | Tu laúd sonoro
Con arte templado
Del tebano arquero
La fama ha eclipsado.
Lanzar, hasta hoy,
Ninguno ha logrado
Cual tú de las Musas
Los divinos dardos. |

Y en este concierto de alabanzas, el mismo Ronsard, embriagado por el triunfo, tomaba también parte con cándida altivez :

Vous êtes tous issus de la grandeur de moi,
 Vous êtes mes sujets, je suis seul votre loi,
 Vous êtes mes ruisseaux, je suis votre fontaine,
 Et plus vous m'épuisez, plus ma fertile veine
 Repoussant le sablon, jette une source d'eaux
 D'un surgeon éternel pour vous autres ruisseaux ¹.

Recibió ya en vida los más estimables homenajes, que no cesaron después de su muerte. Balzac, la señorita de Scudéry, Chapelain y Colletet hablaron de él con entusiasmo. Es preciso citar y releer esta hermosa y famosa carta de Chapelain á Balzac :

Me preguntabais, dice, el 27 de mayo de 1640, en una de vuestras anteriores cartas, si el epíteto de *grande* que había dado á Ronsard era serio ó irónico, y deseabais saber mi parecer acerca de este punto. Entonces tenía que decir otras muchas cosas más necesarias que ésta y apenas tenía tiempo suficiente para decíros las. Hoy que me encuentro desocupado, puedo valerme de ésta para llenar una página y satisfacer su deseo, pues más vale tarde que nunca. Ronsard seguramente había nacido poeta, tanto ó más que ninguno de los modernos; y no hablo sólo de los franceses, sino también de los españoles² é italianos. Tal ha sido la opinión de dos grandes sabios de allende los montes, Sperone y Castelvetro, el último de los cuales, como habéis podido ver en los libros que le he enviado, le compara y le prefiere á su adversario Caro, en lo mejor que éste ha hecho, y el primero le alaba *ex professo* en una elegía latina que hizo inmediatamente después de la publicación de las odas pindáricas, pero no es tanto su sentimiento como el mío propio lo que me obliga á rendir este testimonio á su mérito. No tiene, en verdad, la agudeza de Lucano y de Estacio, pero tiene algo que estimo más aún, que es cierta igualdad neta y majestuosa, que forma el verdadero cuerpo de las obras poéticas, pues todos esos pequeños adornos son más bien propios del declamador y del sofista que de un espíritu verdaderamente inspirado por las Musas. En los detalles le encuentro más parecido á Virgilio ó por mejor decir, á Homero, que ninguno de los poetas que conocemos; y no dudo que, si hubiese nacido en un tiempo en que la lengua hubiese estado más perfecta, hubiera aventajado, en este detalle, á todos los que hayan de hacer versos en nuestra lengua. He aquí lo que creo ingenuamente de él en todo lo que se refiere á su mérito en la poesía francesa. No quiero decir que no halle en él defectos, fuera de ese fuego y de ese aire poético que natural-

1.

Todos habéis salido de mi propia grandeza;
 Vosotros sois los súbditos, y yo el señor feudal;
 Vosotros los arroyos, yo el manantial fecundo.
 Cuánta más agua os doy, más rico es mi caudal.
 Que, con sus vivas aguas, arrollando la arena,
 En surtidor eterno os presta su raudal.

2. El abate Chapelain, aunque hábil traductor de Mateo Alemán y versado en la lengua española, no conocía sin duda, las brillantes inspiraciones del divino Herrera ni las hermosas églogas de Garcilaso. (N. del T.)

mente poseía, pues puede decirse que no conocía otro sino el que él mismo se había formado en la lectura de los poetas griegos y latinos, como puede verse en el prefacio que puso al frente de la *Franciada*. De aquí viene esa servil y desagradable imitación de los antiguos que todo el mundo nota en sus obras, hasta el punto de querer introducir en nuestra lengua todos los nombres de deidades griegas, que pasan en el pueblo, para quien se hace la poesía, por otros tantos galimatías, barbarismos y palabras laberínticas; con tanta más censura hacia él cuanto que en varios pasajes declama contra los que hacen versos en lengua extranjera, como si los suyos no fueran, en este punto, extranjeros é ininteligibles. Es esto una falta de raciocinio insoponible al no haber pensado en la época en que escribía, ó una presunción muy censurable, al imaginar que, para comprender lo que él hacía, el pueblo se instruiría en los misterios de la religión pagana. La misma falta de raciocinio aparece en su obra, no solamente en esa lista de términos y materias desconocidos en aquel siglo, sino también en el designio, el cual, por lo que se ve, no obedeció á ningún plan seguro, ni á una verdadera economía poética, sino al deseo de seguir sencillamente las huellas de Homero y de Virgilio, á los que escogió por guías, sin inquietarse por saber á donde le llevaban. *No fué más que un albañil de la poesía, pero jamás un arquitecto*, pues nunca conoció los verdaderos principios ni los sólidos fundamentos sobre los que puede edificarse con seguridad. Á pesar de eso, estoy muy lejos de despreciarle y encuentro en él, en medio de esa afectación de parecer sabio, una nobleza muy distinta de la que se observa en la afectación ignorante de los que le siguieron; y hasta aquí, del mismo modo que doy á estos últimos la ventaja en los gabinetes de nuestras damas, creo que se le debe dar á Ronsard en las bibliotecas de los que tienen el buen gusto de la antigüedad.

Un moderno y paciente crítico ¹ se ha tomado el trabajo de reunir todos los pasajes de los grandes autores clásicos que se han inspirado en Ronsard ó que pueden pasar por reminiscencias de su lectura. Pocos resultan indemnes, lo cual constituye un elogio no despreciable.

En el siglo XIX el romanticismo le procuró un refloreamiento de sus laureles. Sainte-Beuve le celebró, y más recientemente Sully-Prudhomme le dedicó un magnífico soneto.

De tanta gloria gran parte se ha desvanecido y Ronsard no ha subsistido por completo. Á lo menos queda de él la parte más pura y más hermosa, el alma de su poesía y la inspiración de su genio, es decir lo que él dejó cuando cantaba :

Je veux brûler, pour m'élever aux cieux.
 Tout l'imparfait de mon écorce humaine,
 M'éternisant comme le fils d'Alcmène
 Qui, tout en feu, s'assit entre les dieux ².

1. E. Dreyfus-Brissac, *Los Clásicos imitadores de Ronsard*.

2.

Quiero quemar, para elevarme al cielo,
 De mi cuerpo la humana imperfección,
 Y hacerme eterno, cual de Alcmena el hijo,
 Que, ardiendo, entre los dioses puesto halló.

Al lado y en puesto algo inferior al de los grandes jefes de la Pléyade, sería injusto no mencionar, siquiera brevemente, á algunos de sus compañeros, y en primer término á su profesor.

Juan Dorat nació en Limoges en 1588. Profesor de humanidades, fué jefe de la escuela que puso nuevamente en candelero á los griegos y á los latinos: hizo bastante buenos versos latinos pero no tan buenos en francés. Director del colegio de Coqueret y más tarde profesor en el Colegio de Francia, fué nombrado poeta real por Carlos IX. Su papel, en la Pléyade, consistió en iniciar en las bellezas de la antigüedad á Ronsard, á du Bellay y á sus amigos; pero éstos, más independientes que él, debían hacer de los estudios antiguos, no la meta de sus aspiraciones, como él había hecho, sino un medio de renovar, de reformar y de rejuvenecer nuestra literatura. Los alumnos debían sobrepasar y tal vez contristar á su maestro, que subía al Capitolio, para sacrificar en él, pero no para conquistarlo.

Un coloso de anchos hombros, de rubicunda tez, que « porque estudiaba mucho, comía mucho », y « por muy fuertes que sean los vinos que se cosechan en las orillas del Saona, bebía mucho sin embriagarse aunque no echaba nunca agua al vino », y por la noche, al acostarse, « se echaba á pechos un gran vaso de vino puro »; tal es el retrato de Ponthus de Thyard, poeta y sabio, más sabio que poeta, que absorbió la ciencia con el mismo apetito que la comida. El hebreo, el griego y el latín no ofrecían para él dificultades. En poesía, hizo un librito amable, *Erreurs Amoureuses*, cuyo título era un juego pedante de palabras, con el vocable latino *errores* (viajes). En filosofía, teología, matemáticas, y otras materias, escribió libros de elevada y abundante ciencia: *Solitario primero*, *Solitario II*, *Discurso de la Naturaleza*. Á causa de sus versos, reunidos en sus colecciones *Versos líricos*, *Obras poéticas*, *Furor Poético*, la posteridad ha hecho como Esteban Pasquier que, en su *Monófilo*, « le agregó como un tercer pie á Ronsard y Bellay ». Se le atribuye como á Saint-Gellais la introducción del soneto en Francia.

No menos ingenioso fué Antonio Baif, hijo de Lázaro de Baif, el erudito diplomático y traductor. Nació en Venecia (1532-1589). Tiene dos ó tres títulos que le hacen digno de mención. En primer lugar reunía en su casa una asamblea de literatos, que puede pasar como antecesora de la Academia Francesa. En segundo lugar se ocupó activamente en reformar la gramática, la lengua y la ortografía. Mucho antes de nuestra época preconizó la ortografía fonética. Fué un filólogo paciente. Había inventado un alfabeto de diez vocales, diecinueve consonantes, once

diptongos y tres triptongos. Medía las palabras francesas por sílabas largas y breves como en latín, é intentó hacer versos franceses siguiendo la prosodia latina.

Sus poemas y colecciones se titulan *Amores*, *Juegos*, y *Pasatiempos*; tradujo á *Antígona* en versos de cinco pies, y *el Cortabrazos* de Plauto en versos de cuatro pies. ¿Quién se acuerda ya de todo esto?

Su contemporáneo Remigio Belleau (1528-1577) vivió agregado á la casa de Carlos de Lorena, marqués de Elbeuf. Sus versos son pulidos, limados y revelan el más minucioso remilgamiento; hay gracia y delicadeza en sus *Amores* y *Nuevos Cambios de Piedras Preciosas* y en sus *Pastorelas*. Se cita con frecuencia, como un gracioso dije, su poesía *Abril*:

Avril, c'est ta douce main
Qui, du sein

De la nature desserre

Ma maison de senteurs

Et de fleurs

Embaumant l'air et la terre.

Le gentil rossignolet

Doucelet,

Découpe dessous l'ombrage

Mille fredons babillards,

Frétilards

Aux doux chants de son ramage¹.

Ronsard escribió para él este lisonjero epitafio:

Ne taillez, mains industrieuses,

Les pierres pour couvrir Belleau,

Lui-même a bâti son tombeau

Dedans des pierres précieuses².

Du Bartas (1544-1590) era entonces mucho más joven. Murió de las heridas que recibió en el servicio militar: fué oficial valiente, hábil diplomático y poeta ampuloso. Era aficionado al énfasis y la hinchazón,

1.
 - Abril, con tu dulce brazo,
 - Del regazo
 - De natura, salir haces
 - Mi dulce alcazar de olores
 - Y de flores,
 - Que embalsaman tierra y cielo,
 - Mientras gentil ruseñor,
 - De su amor
 - Las tiernas quejas exhala
 - En mil deliciosos trinos
 - Peregrinos
 - Que expresan su ardiente celo.

2.
 - No tenéis que tallar, hábiles manos,
 - Del gran Belleau las piedras sepulcrales;
 - El mismo se ha labrado digna tumba
 - Fabricada con piedras inmortales.

pero á lo menos se defendió de esta suerte contra la trivialidad. Su obra principal es la *Semana*, poema en que cuenta los siete días de la creación en versos de mérito muy desigual. Hay algunos agradables como éstos que admiraba Gœthe :

Ici, la pastourelle, à travers une plaine
A l'ombre, d'un pas lent, ses gras troupeaux ramène¹.

Du Bartas era laborioso en sus inspiraciones y en sus defectos. Refiérese que, teniendo que pintar la creación del caballo, se encerraba y se ponía en cuatro patas y galopaba para percibir el ruido del galope.

Fué un talento nervioso y austero, alimentado con la Biblia; lo mejor que hay que decir en su abono es que el Taso le debió acaso algunas de sus ideas. Los extranjeros le han tenido en mayor estima que nosotros, porque para ellos, que no sienten la rudeza angulosa del estilo, aparece únicamente el pensamiento y éste es siempre original y vigoroso.

Con Jodelle entramos en el teatro, que será precisamente objeto del capítulo siguiente.

En resumen lo que principalmente honra á la Pléyade es el haber defendido nuestro orgullo nacional y combatido por la patria. Aquellos poetas vieron que, en el suelo árido de la patria, á fines de la Edad Media, la inundación de la antigüedad iba á sumergir hasta los menores gérmenes de nuestra originalidad primitiva, y quisieron canalizar y dirigir aquel diluvio. El Renacimiento infundió nueva savia en el árbol moribundo; quisieron salvar lo que quedaba de la vieja savia y asimilarla sin eliminarla. Opusieron el valladar de su voluntad á una segunda conquista de las Galias y hay que agradecerles profundamente la hermosa defensa que hicieron de nuestra literatura, á falta de la ilustración que le prometieron y que en gran parte no pasó de promesa.

Hemos dicho que Rabelais felicitaba á las mujeres de su tiempo por haber recibido el maná celeste de la buena doctrina. Apolo les sonreía no menos que Minerva y ellas también invocaban á la Musa, á veces con gran acierto. Tales fueron : Luisa Labé (1526-1565), poetisa y música, que cantaba con su voz deliciosa versos tiernos y melancólicos :

1.

Cruzando la zagala el llano polvoriento,
Su rebaño á la sombra guía con paso lento.

Tant que mes yeux pourront larmes répandre
Pour l'heure passée avec toi regretter
Et que, pouvant aux soupirs résister,
Pourra ma voix un peu se faire entendre;

Tant que ma main pourra les cordes tendre
Du mignard luth pour tes grâces chanter,
Tant que l'esprit se voudra contenter
De ne vouloir rien, hors que toi, comprendre,

Je ne souhaite encore point mourir,
Mais quand mes yeux je sentirai tarir,
Ma voix cassée et ma main impuissante,

Et mon esprit en ce mortel séjour,
Ne pouvant plus montrer signe d'amante,
Prierai la mort de me ravir le jour¹.

Más joven que ella, la hija de Jacobo V de Escocia y de María de Guisa, María Estuardo, hablaba siete lenguas y se servía de la francesa para expresar en verso su pena y sus adioses :

Adieu, plaisant pays de France,

O ma patrie

La plus chérie

Qui as nourri ma jeune enfance!

Adieu, France, adieu, mes beaux jours².

Juana de Albret, la madre de Enrique IV, « hallaba gran distracción en la poesía », dice Du Verdier, y sus versos sutiles nos dan idea del gusto rebuscado y amanerado que entonces reinaba.

Su hija Catalina de Borbón era poetisa á los doce años.

La dinastía de los Valois fué fecunda en poetisas : en primer lugar, Margarita de Valois, hija de Enrique II, hermana de Francisco II, de Carlos IX y de Enrique III y esposa de Enrique IV. Sus *Memorias* tie-

1.

Mientras mis ojos puedan verter amargo llanto
Para llorar las horas que junto á ti pasé,
Y mientras los sollozos no sofoquen mi canto,
En incesantes quejas oír mi voz haré.
Mientras mi mano pueda las cuerdas delicadas
De mi laúd pulsando, tus gracias celebrar,
Y en tanto que mi espíritu deseche cual nonadas,
Todo lo que no sea tu dulce amor cantar,
No ansiaré que la muerte á su seno me lleve.
Pero cuando mis ojos empiecen á secarse,
Á balbucir mi lengua y mi mano á turbarse
Y no pueda mi espíritu en este mundo aleve,
Á pesar de sus ansias, digno amador mostrarse,
Suplicaré á la muerte que me venga á llevar.

2.

¡ Adiós, Francia ! ¡ dulce tierra !
Patria amada
Y adorada,
Donde mi infancia pasó.
¡ Adiós, Francia ! ¡ Dicha, adiós !